

Huesca

Diario del Alto Aragón - Domingo, 10 de agosto de 2008

Viene de la página anterior

a dialogar un rato con "El Rey", y a disfrutar de su elocuente y amena conversación. En cierta ocasión, comentábamos "El Rey" y yo las costumbres y las tradiciones calés y ésa, su Cultura Gitana, no muy entendida por nosotros y los payos. En un momento de la cordial, animada e interesante conversación que manteníamos ambos, recuerdo que Arturo me dijo riéndose: "Lorés" (él me llamaba así, en vez de Lloréns), no te fies de ningún gitano, ni de mí tampoco". Pero sí, el Arturo sí que era de fiar; por algo era "El Rey".

Arturo "El Pititi" y su hermano Alfonso "El Tolón" fallecieron ambos a una edad todavía muy temprana, si tenemos en cuenta las perspectivas de vida actuales; los dos lo hicieron entre los 65 y los 70 años; y además, de la misma enfermedad.

Sabido es lo arraigado que está en la cultura gitana el culto y el respeto a los muertos. De ahí que en el lugar donde reposa y descansa "El Rey" esté lleno de bonitas flores, de objetos entrañables y personales que el difunto usara en vida; de símbolos representativos de algo; de figuritas; de imágenes religiosas; de placas conmemorativas; de retratos del finado y dedicatorias al mismo, como esa que dice: "A mi amo, Arturo", la "Reineta", su mujer en vida del "Rey". La misma, tal vez demasiado fiel a las raíces y tradiciones gitanas, desde que se murió su marido "El Rey", viste de luto riguroso hasta los pies, e incluso se cubre la cabeza con un velo. Algunos de sus familiares, no tan tradicionales, le han dicho a la "Reineta" que ya está bien, que se quite el luto; pero ella no lo hará, a no ser que "El Rey", desde su morada del Más Allá, se ponga en contacto con ella de forma telepática o espiritual, y le diga que ya ha cumplido con creces; que se vista de forma más alegre.

No cabe duda de que cuando el Arturo llegara al otro mundo se presentaría como "El Rey", y seguro que se le abrirían las puertas del mismo, al instante y de par en par. Pero allí ya no le llamarían "El Rey", sino que pasaría a ser de nuevo "El Pititi"; pues en ese lugar no hay más que un único, verdadero y supremo Rey.

JOAQUÍN Y BALTASAR

Estas dos personas, Joaquín y Baltasar, eran muy diferentes y totalmente opuestas una de la otra, e inseparables, pues ambos se necesitaban entre sí. Me explicaré: Joaquín era muy alto, corpulento y fuerte como un roble; pero sus ojos, estaban siempre inmersos en la más profunda y tenebrosa oscuridad, pues él mismo era ciego total; no sé si de nacimiento o bien por causa de alguna enfermedad adquirida. Baltasar en cambio, era de pequeña estatura, más bien rechoncho y disminuido psíquico profundo; pero era quien hacía las veces de lazarillo de Joaquín el ciego en su vida cotidiana; los dos se entendía muy bien y



T. Hernández (El Gitano), ex futbolista de la U.D. Huesca. Década de los años 50

se complementaban, pues Joaquín, a pesar de su ceguera, cuidaba de Baltasar. Dadas sus condiciones físicas, el uno muy alto y el otro pequeño y regordete, nos ofrecían cuando caminaban por nuestra ciudad una entrañable y simpática estampa semejante a Don Quijote y Sancho Panza.

Joaquín y Baltasar estaban acogidos en la Beneficencia Provincial y vivían junto a otros disminuidos físicos, en los bajos del antiguo Hospital de Nuestra Señora de La Esperanza, situado en la actual Plaza de La Universidad. A pesar de las limitaciones física y psíquica que padecían, Joaquín y Baltasar desempeñaban casi a diario su trabajo. Los dos se pasaban por la despensa del Colegio de la Residencia de Niños, donde Joaquín cogía una cesta muy grande, y con ella, acompañado de su inseparable amigo Baltasar, se llegaba hasta la carnicería o la pescadería. Allí, se la llenaban de carne o de pescado; Joaquín se la cargaba en sus robustos hombros, la sujetaba con una de sus fuertes manos, y con la otra, apoyada en el hombro de Baltasar, emprendían ambos el camino hasta la Residencia de Niños y en la cocina de la misma, depositaban la mercancía. A pesar de la discapacidad de estas dos personas,

jamás sufrieron las mismas ni el más mínimo percance o contratiempo alguno que supusiera un peligro para su integridad física; Baltasar, guiaba muy bien a su amigo Joaquín el ciego; hacía de perfecto lazarillo.

Recuerdo muy bien cuando durante mi estancia como interno en el Colegio de la Residencia de Niños, veía venir a Joaquín y Baltasar a que les cortara el pelo el señor Jesús Machuca, el peluquero del colegio. A veces, como unos chiquillos que éramos, nos metíamos con Baltasar, gastándole alguna broma, y éste se echaba a llorar. Joaquín nos reprendía y nos llamaba la atención, pero no había más que decirle a Baltasar unos halagos o unas lisonjas y éste dejaba de llorar y pasaba del llanto a la risa, como un niño, que es lo que en realidad era a pesar de su edad adulta.

Joaquín y Baltasar fallecieron casi al mismo tiempo y a una edad todavía muy temprana; pues apenas sí tendrían ambos los cincuenta años de vida. El primero de ellos en morir fue Joaquín. Una enfermedad grave y fulminante, fue minando en pocos días su gran fortaleza física, hasta quedar el mismo postrado en una cama, de la que ya no se levantaría. Baltasar preguntaba mucho por su amigo Joaquín, pero nadie era ca-

paz de hacerle comprender por qué el mismo no estaba a su lado cuando tanto lo necesitaba. A los pocos meses de morir Joaquín, lo hizo Baltasar; yo creo que el mismo se murió de pena, de sentimiento, de dolor moral y de tristeza, pues Joaquín era como un padre para él. A los dos se los llevó Dios, a otro Mundo mejor y perfecto. Allí, Baltasar pasaría ser una persona normal y con raciocinio y feliz; pues aunque él mismo, y a su manera, también fue feliz en este mundo, lo cierto es que la felicidad que no es compartida por la razón y la mente humana, no es verdadera felicidad. A Joaquín, esos sus ojos siempre inmersos en la oscuridad, se la abrirían a la luz del día y podría ver el colorido de las flores, los bonitos pétalos de una rosa, el azul del cielo y de los mares, las majestuosas montañas, los verdes y bonitos valles impregnados de bonitas y rojas amapolas y ese inmenso cielo, cuajado de fulgurantes y doradas estrellas, brillando con su mágica y radiante luz en el espacio cósmico.

Joaquín y Baltasar, dos personas bondadosas, entrañables y muy queridas, que nos inspiraron una gran ternura y que se hicieron acreedores de nuestro cariño y simpatía.

LOS LIMPIABOTAS

El "Gremio" de los limpiabotas; los "Limpias", que es como cariñosamente se les llamaba, era muy reducido en Huesca; pues incluso en su mejor época apenas sí pasarían de ocho a diez. La mayoría de ellos trabajaban en la calle; más concretamente en los Porches de Galicia de nuestra ciudad, aunque cada uno de ellos, tenía su zona delimitada. Por ejemplo: Lorenzo Bautista Giménez, gitano de pro, pero que sin renunciar a sus raíces gitanas, se sentía más payo que gitano, por las muchas amistades payas que tenía, se situaba en la puerta del Bar Rugaca, casi frente al Kiosco de Valero. Lorenzo, además de limpiar zapatos, se dedicaba a la venta de lotería nacional con recargo. Entre el Bar Puerto Rico y la Librería de Santiago, estaba Antonio Giménez (Blanca Nieves), del que ya he hablado en otra ocasión, como carismático personaje oscense que fue. "Piter", como también se le conocía, era asimismo, vendedor ambulante de lotería nacional con recargo, y portaba, al igual que Lorenzo Bautista, una placa en la solapa de su chaqueta que le acreditaba como tal. Un poco más abajo y también en los Porches de Galicia, frente al Café Bar el Universal, ejercía de limpiabotas el famoso "Petenneras". Otro de los "Limpias", Jalle, pequeño, moreno y vivaracho él, desempeñaba su oficio junto al Bar Flor. El Santos no tenía puesto fijo; iba deambulando de un lado para otro ofreciendo sus servicios y cargando con aquel diminuto banquillo y aquella arqueta con doble tapa y dos compartimentos donde llevaba los utensilios de trabajo: Los cepillos, la tinta, el betún, el paño abrillantador se-

mejante a una fina tira de tela, y aquellos naipes que ponían en el lateral del zapato, entre éste y el pie, con objeto de proteger y no manchar los calcetines del cliente. Adolfo, un artista con la armónica, hacía de limpiabotas en el Bar Oscense, pero sólo los domingos y días de fiesta, que es cuando se lo permitía su oficio de zapatero. También había en Huesca dos locales de limpiabotas; uno de ellos junto al Bar Gratal, cuyo dueño era excelente y gran jugador de fútbol de la Unión Deportiva Huesca, en la década de los años cincuenta del siglo pasado, Teodoro Hernández ("El Gitano"), natural de Puertollano. El otro local estaba en la Plaza de Concepción Arenal, y cuyo propietario era el señor Usieto. En el mismo había dos grandes sillones de madera, con unas gruesas y anchas tiras de cuero a modo de asientos y que los hacían muy cómodos y confortables. El señor Usieto, durante el tiempo que transcurría en la limpieza de nuestros zapatos, que venía a ser de entre diez o doce minutos más o menos, nos ofrecía la prensa o alguna revista para nuestro entretenimiento, a la vez que él hacía su trabajo. Recuerdo la amabilidad, el trato y la educación de que hacía gala el mismo, para con todos sus clientes. El señor Usieto, y aunque esto sea salirme del tema que nos ocupa, además de hacer de "Limpia", vendía libritos de chistes y cuentos baturros; también TBOS, de "Flechas y Pelayos", de "Juan Centella"; "El Guerrero del Antifaz" y "Roberto Alcázar y Pedrín", y que todos ellos eran los héroes literarios de los adolescentes de aquella época de la Posguerra. Más tarde surgirían otros carismáticos personajes del cómic, con aquellas graciosas y divertidas viñetas de "Josechu el Vasco"; "Doña Urraca"; "Carpanta"; "La Familia Ulises" y "Mortadelo y Filemón"; pero esto es ya otra historia, merecedora de comentar en otro momento oportuno.

Los "Limpias", hace ya varios años que desaparecieron de las calles de nuestra ciudad, y algunos los echarán de menos; y es que no tuvieron continuadores, cosa lógica, por ser el oficio de limpiabotas muy ingrato, poco rentable, nada apetecible e incluso marginado y sobre el que se cernía un futuro y un porvenir muy negro, incierto y poco halagüeño.

Hoy en día, disponemos en nuestras casas de unos procedimientos y útiles muy cómodos, fáciles y muy baratos para limpiarnos los zapatos. Pero en cuanto a esto último, lo de barato, diré que los "Limpias" nos ofrecían sus servicios por un precio muy módico y asequible, y nos dejaban los zapatos brillantes como un espejo. Además, la piel de los mismos adquiriría un mayor grado de duración y conservación, por el trato que le daban los "Limpias". Yo creo que si en Huesca hubiera algún limpiabotas, no le faltaría trabajo. En Zaragoza y en el famoso "Tubo", hasta hace poco, hoy no lo sé, todavía existían limpiabotas.